



si uno
es bueno...
el otro
es
mejor!

SOLO
GARVEY
SUPERA A
GARVEY



GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ

LOS antiguos griegos tuvieron —contra lo que cree la gente— una visión muy estrecha del mundo habitado. Y nosotros —los occidentales— somos deudores muchas veces de su estrechez. Sin darnos cuenta, en nuestro concepto «la tierra habitada» (la «oikomené» que decían los antiguos), es nuestra civilización occidental, nuestra filosofía griega, nuestro arte clásico (o su reacción contraria), el género de vida que llevamos, o nuestro modo egoísta de entender la propiedad, o la religión llena de juridicismos, que hemos construido en nuestros países latinos. Los demás hombres son unos «bárbaros» todavía, en la valoración inconsciente que hacemos de ellos.

Naturalmente que no pensamos esto con esa crudeza con que yo lo expreso; pero sería preferible hacerlo así, porque vivimos tan perfectamente encerrados, entre nuestras cuatro paredes mentales, que difícilmente salimos de nuestro engaño, porque no nos lo confesamos. Inconscientemente pensamos siempre así; y hablamos con paternalismo exagerado —que en el fondo revela nuestro desprecio— de la cultura africana, india o china. (Pero, seamos sinceros, ¿de verdad creemos en esas culturas...?)

HOY, sin embargo, está de moda —como he señalado otras veces— hablar de «ecumenismo»; pero pienso que eso no es lo que debía ocurrir, porque no conduce a un verdadero y auténtico «universalismo».

Cuando nuestra teología sigue asfixiada por los conceptos occidentales; cuando nuestra legislación canónica revela una excesiva mentalidad «romanista»; cuando la espiritualidad sólo se concibe bajo el modelo de nuestra tradición cultural occidental, empiezo a pensar que no existe una verdadera «ecumenicidad». Estamos todavía dentro de los límites de la «tierra habitada» por los hombres de Occidente; y me atrevería a decir: del Occidente greco-latino, sobre todo.

Nosotros los católicos hemos hecho de nuestra Iglesia —en su aspecto humano— un calco, en confusa mezcla, de las enseñanzas de Cristo y de las tradiciones humanas de nuestros veinte siglos de historia occidental (preferentemente influida por el autoritarismo medieval y el juridicismo). El Concilio no ha tenido inconveniente en confesar lo mismo que yo digo: «Las divisiones de los cristianos —ha dicho— impiden que la Iglesia lleve a efecto su propia plenitud de catolicidad» (Decreto sobre ecumenismo).

«Cristo llama a la Iglesia, que peregrina por este mundo, a una constante reforma, porque la Iglesia misma tiene siempre necesidad de ello, bajo su aspecto de institución humana» (ídem).

Los antiguos Concilios —como el IV de Letrán celebrado en el año 1215— fueron muchas veces convocados «para la reforma de la Iglesia universal» (Padre M. Nicolau, S. J.).

Pero para conseguir esto es preciso ante todo que el católico «no mire ya más a su Iglesia, a la luz de su propio orgullo» (Patriarca Meuchi).

Fijémonos que el Concilio llega a decir que «en la Iglesia, si se guarda la unidad en lo necesario, todos deben conservar la debida libertad...», aun en la elaboración doctrinal de la verdad revelada..., que fue recibida de diferentes formas y maneras, y desde los orígenes mismos de la Iglesia, fue explicada diversamente en unos lugares y otros» (Decreto sobre ecumenismo). Ese es el universalismo de la Iglesia; la verdadera universalidad que debemos contruir trabajosamente con nuestro esfuerzo, porque es un deber y un derecho; pero que no siempre llega a ser un hecho pleno, para vergüenza nuestra.

LA Iglesia, que ha sido enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas ni regiones, no está ligada de una manera exclusiva ni insoluble a ninguna raza o nación, a ningún género de vida particular, a ninguna costumbre antigua o reciente» (Constitución conciliar sobre Iglesia y mundo).

Ojalá hiciéramos caso de todo lo que dice, en esa escueta y lapidaria afirmación, el Concilio: así no creeríamos que ningún individuo, ni país, tiene la exclusiva de la Iglesia; así no tendríamos nunca a gala ser más papistas que el Papa; así no estaríamos permanentemente aferrados a nuestras peculiares maneras de entender la vida católica y estaríamos dispuestos a aceptar otras concepciones de la vida igualmente legítimas, siempre que mantengan lo esencial del mensaje del Evangelio. Incluso lo que nuestros hermanos separados viven en su vida, como expresión de su corazón cristiano, «puede conducir también a nuestra edificación», dice el Concilio, porque en ellos están las «riquezas de Cristo y las virtudes en la vida», que llegan a

dar «testimonio de Cristo, y a veces hasta el derramamiento de sangre». Así pasó con los mártires de Uganda, que no sólo lo fueron los católicos, sino también los anglicanos; como lo reconoció delicadamente el Papa Pablo VI, cuando canonizó a los mártires de nuestra Iglesia.

LAS rencillas domésticas deben terminar. Y el primer paso que debemos dar es reconocer la buena fe de los que están separados de nosotros. Así lo pidió a los españoles el cardenal Bea —presidente del Secretariado para la unión de los cristianos— hace dos años en Madrid.

El segundo tendrá que ser el aceptar convenientemente que no son culpables de esta separación. «Los que ahora nacen, y se nutren de la fe de Cristo, dentro de estas comunidades, no pueden ser tenidos por responsables del pecado de separación; y la Iglesia católica los abraza con respeto y amor de hermanos» (Decreto sobre ecumenismo).

Y el tercero, y muy decisivo: dar nosotros el primer impulso, nunca hacia la absorción, sino hacia el acercamiento. Tenemos que decir, con nuestro ejemplo (y no sólo con palabras que se lleva el viento): «pedimos perdón si creen que han recibido injuria de nosotros» (Pablo VI, 1963), porque «estamos dispuestos a perdonar las injurias inferidas a la Iglesia católica» (ídem). En nuestro corazón no debía haber ni el resentimiento ni el orgullo, como a veces ocurre.

Hace unos días estaba en una ciudad de provincias, y aproveché para entrevistarme con los dos pastores protestantes de la localidad. Uno de ellos —de la Iglesia evangélica— me hizo una confidencia dolorosa: ni un solo sacerdote, de los muchos de esa diócesis, incluso propagandistas del ecumenismo, se había acercado nunca a hablar con él. ¿Es eso cristianismo? ¿No debemos adelantarnos unos a otros —como pedía San Pablo— a dar a los demás muestra de afecto y comprensión? ¿Por qué no se practica lo que dice el Concilio: que los «fieles católicos deben ocuparse de los hermanos separados... hablando con ellos de las cosas de la Iglesia, dando los primeros pasos hacia ellos»?

Ahora acabo de regresar de otra ciudad donde se ha considerado prematuro invitar al pastor protestante al octavario por la unidad de los cristianos que allí se ha celebrado. Pero, Señor, ¿cuándo daremos el primer paso que pide el Concilio a los católicos?

No es extraño, por eso, que el Papa Pío XI, ya en 1927, les dijese a los universitarios católicos cristianos, refiriéndose a su relación con los protestantes de Italia: «también a los católicos les falta algunas veces el amor fraterno, porque no les conocen». ¿No podrían meditar estas palabras esos sacerdotes, demasiado encerrados en sus costumbres y prácticas pastorales con sus propios fieles, y excesivamente alejados de quienes deberían recibir su conocimiento, su comprensión y su afecto? ¿De qué sirve tanto predicar de ecumenismo y no conocer a los separados que se tienen en casa? ¿Por qué somos tan aficionados a lo que viene de fuera, y traemos y llevamos a los monjes protestantes de Taizé, pero no nos acercamos bastante a los que son nuestros «próximos»? Habría que meditar un poco más en el significado de estos hechos.

A veces son algunos clérigos o laicos católicos quienes hacen de su vida una rutina, y no quieren convencerse prácticamente de lo que exige de todos el Concilio, que es esa renovación de mentalidad que tanto cuesta a quienes olvidan que «la costumbre sin la verdad —por supuesto, no la de ellos, sino la del Concilio— no es sino la vejez del error», como dice San Cipriano. En estos días tuve una discusión con uno de ellos que insistía en la mala fe de nuestros contrarios, y esto impedía que diéramos un paso hacia los protestantes. Pero, ¿podemos juzgar de lo interno, u olvidar el «no juzguéis y no seréis juzgados»? ¿Cómo es que nuestros dirigentes espirituales —en ocasiones—, en vez de ayudarnos, nos frenan y tenemos que disenter de ellos, para hacer prevalecer los criterios del Evangelio?

ME gusta —como seglar— pensar muchas veces en las frases que San Pablo dirigió a los habitantes de Filipo, aquella colonia militar de Roma, fundada por el padre de Alejandro Magno.

Su programa era sencillo: aquellos hombres y mujeres, romanos en su mayoría, debían adoptar una postura de unión «teniendo un mismo amor, un mismo espíritu y unos mismos sentimientos». Si creemos que a fuerza de polémicas agrias o exigencias conceptuales vamos a llegar a la unión, estamos equivocados. Hemos de partir de un

Por ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA

LA IGLESIA SE ABRE

mismo espíritu, aunque doctrinalmente tengamos divergencias. Quien vive lo que el otro tiene en lo más hondo de su ser, empieza a respetar a la persona que tiene al lado (y que no está enfrente realmente); y se olvida de sus rencillas personales o ideológicas. No para creer engañosamente que ya está todo hecho, ni para abandonar nuestras sinceras convicciones; sino que «sintiendo todos una misma cosa», como dice Pablo de Tarso, «no hemos de intentar hacer prevalecer nuestros argumentos, porque es un encuentro de hermanos y no de enemigos» (Cardenal Heenan en 1964 al Concilio).

Hagamos una teología más adaptada a la cultura de hoy, como hace el padre Rahner; o que estudie mejor los problemas de la Reforma del siglo XVI, como hace Küng; busquemos un acercamiento pastoral, como intentan los obispos misioneros a veces; reformemos profundamente nuestra liturgia, como permite el Concilio; hagamos obras sociales comunes, como intenta el movimiento llamado *Rearme Moral*; pero, sobre todo, sigamos el consejo de San Pablo, que no une por fuera, sino por dentro, porque parte de la única realidad decisiva: la unión que viven íntimamente todos los hombres de buena fe en lo más profundo de su ser, aunque muchas veces es inconscientemente. Hagamos algo por que brote a la luz esta oscura intimidad común que vivimos unos y otros.

Algunos me echan en cara hablar, o escribir, un poco crudamente; pero, ¿olvidan acaso que Santo Tomás —en su comentario a la epístola que San Pablo dirigió a los Gálatas— dijo: «nunca podremos ocultar la verdad, por temor al escándalo»? Eso es hacer cristianismo; y no el aguar todas las cosas, con nuestra cautela llena de timidez, promediadora de todas las verdades, para impedir que tengan fuerza. Si el Concilio tiene otro espíritu, distinto del que hemos vivido algunas veces entre nosotros, sigamos al Concilio y no nuestras rutinas ni cómodas posturas que nos impiden reconocer nuestros errores prácticos. Debemos expresar claramente las injusticias que hayamos cometido con nuestros hermanos; y no estar complaciéndonos morosamente en nuestras cosas buenas, ocultando los defectos que hemos tenido. Si no, nunca llegará la renovación que pide el Papa y el Concilio.